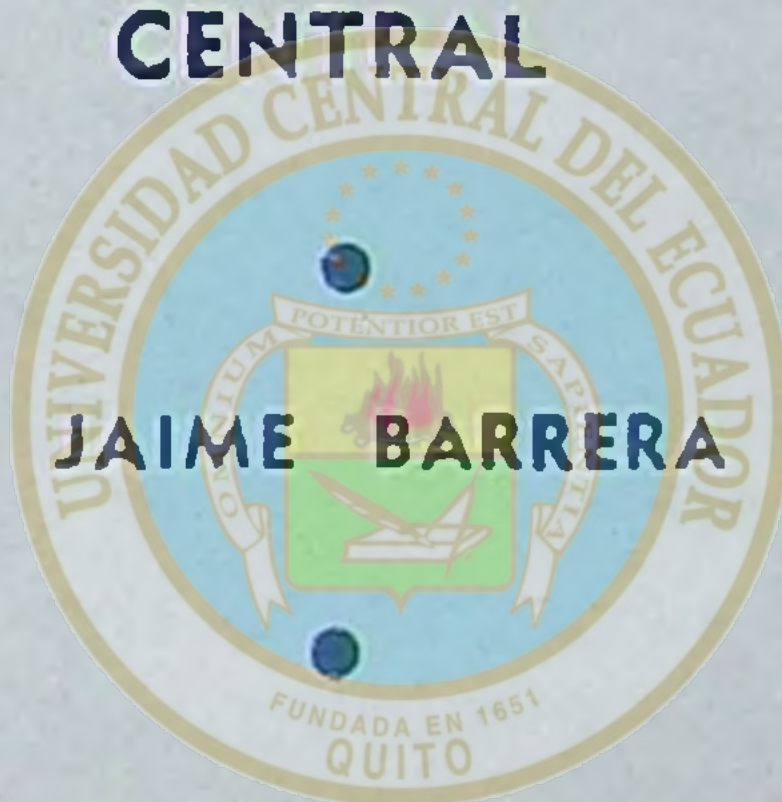


**BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
CENTRAL**

Director:

Lcdo. JAIME BARRERA B.



Jefe de intercambio universitario: **HISTÓRICA**
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Sr. Dn. ALFREDO CHAVES

TALISMANES DE LA BIBLIOTECA

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

No era posible venir a Washington y dejar de presentar respetos a la Biblioteca del Congreso —una de las maravillas del mundo— y estando entre sus mármoles, sus códices, sus sueños, olvidarse de que un gran poeta de este país, Archibald MacLeish, es el bibliotecario.

MacLeish me ha salido al encuentro con el catálogo de los mejores libros que en este país han dado los más ricos cerebros y las más puras almas. Se quiere hacer a cada Biblioteca Nacional en América un presente que han escogido en meditado escrutinio los más doctos especialistas en arte y ciencia, y la selección está continuamente vigilada por MacLeish, quien tiene fe en que el libro es para un pueblo su más serio embajador en misión especial.

De los ocho libros en que MacLeish tiene condensada su obra literaria, quizá el que más nos interese, por tratarse de un tema profundamente nuestro, es "Conquistador", del cual se hicieron dos ediciones más en el mismo año en que fué publicado. Para escribir "Conquistador" MacLeish recorrió a caballo y a pie las tierras mexicanas por donde pasaron Hernán Cortés y sus capitanes, y así se explica que el poema haya sido comenzado en París, para seguirlo en Jalapa y concluirlo en Conway, Massachusetts. Tuvo que leer a conciencia la clásica crónica de Bernal Díaz del Castillo, haciéndole alteraciones e inventando incidentes, en uso del derecho que cada poeta tiene cuando trata de enriquecer la realidad. No niega que la edición de la "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España", que

con notas de A. P. Maudslay editó la Hakluyt Society, le sirvió de constante guía. "O frati, dissi, che per cento milia — Perigli siete giunti all'Occidente", es el pasaje del Canto XXVI del "Infierno" que refulge en el pórtico del poema.

¡El pobre Hart Crane! Le conocí en México y me contó que la beca Guggenheim le permitiría escribir el poema de Cortés con más ánimo que el que tuvo cuando hizo "The Bridge"; pero sombras nefastas se le interpusieron y poco después se arrojó desesperado al mar Caribe, el mismo mar por donde don Hernán pasó un día —según las palabras de Bernal Díaz— como "un gentil pirata".

En este año aparecerá el primer libro de la serie hispanoamericana de la Biblioteca del Congreso: "Bibliografía de bibliografías de Hispanoamérica", que viene preparando el Dr. Cecil K. Jones; y en seguida irán la guía para estudiar los materiales de la historia jurídica en nuestros países, que prepara el Dr. John T. Vance; y luego la de los documentos oficiales de los gobiernos (mensajes presidenciales, decretos, etcétera), en cuya redacción sobresale el Dr. James B. Childs. Y para recoger todos los documentos fotográficos y bibliográficos que son fundamentales en el conocimiento de la obra artística realizada en este hemisferio, el Dr. Robert C. Smith, Jr., subdirector de la Fundación Hispánica, en la Biblioteca del Congreso, emprende un vasto recorrido a lo largo de los países donde podrá encontrar novedades.

Esos herbarios

He allí, bajo cristales nada superfluos, hiriendo nuestra curiosidad, a las puertas del salón en que se guardan los manuscritos, el panorama mundial de la farmacopea. Desde el herbario chino de Li Shih-chen, de 1578, y desde el libro de Dioscórides —preciosa reproducción— que fué ilustrado en Bizancio en 512, hasta el herbario asirio que está en el Museo Británico y que perteneció a Merodach Baladan, rey de Babilonia (721-710 antes de Cristo). Allí están un ejemplar de la edición del Códice Ebers —en que ya se demuestra que los faraones se preocupaban mucho por la caspa— y otro, de reciente aparición, el Códice Badiano, el más antiguo libro médico de América, que se de-

bió al indio mexicano Martín de la Cruz y cuyo original está en la Biblioteca del Vaticano, de donde lo sacó a la luz uno de los investigadores de los Estados Unidos para que lo editara la Johns Hopkins University.

Hay entre otros tesoros el libro que habla más de la piedra filosofal, el que trata con más detalles las virtudes de la piedra bezoar, el de Nicolás Monardes y el de Donato d'Eremita (Nápoles, 1639) que se llama "Nobilísimo antídoto del elixir de la vida"; y el "Hortus sanitatus" (Mainz, 1491), con estupendo grabado en colores; y "El cielo de los filósofos" por Felipe Ulstadt (París, 1550) que contiene extractos de las obras de Arnaldo de Villanova, Raimundo Lulio, Alberto el Magno. Libros que recorren todo el pensamiento de alquimistas, médicos, químicos, fisiólogos y maestros en materia médica; y que van desde Hipócrates y Galeno hasta Paracelso, el precursor de la química moderna y de la quimioterapia. Hay uno que nos retiene más tiempo; en él aparece Cristo —farmacéutico del alma— tal como le vieron los hagiógrafos de los siglos XVI al XVIII.

Números mágicos

El 30 de junio de 1939 la Biblioteca del Congreso, la más grande del mundo, tenía en su poder 5.828.126 libros impresos y folletos, 1.421.285 mapas y vistas (grabados, fotografías, etcétera), 1.221.333 volúmenes y piezas de música, 548.622 impresos de otra clase, y en cuanto a manuscritos le era imposible hacer un arqueo de caja.

Basta pensar en que dentro de su marmóreo edificio están las siguientes colecciones: 80.000 volúmenes fundamentales para conocer la historia de Rusia, Alaska y Siberia; 20.000 japoneses, 5.000 de literatura escandinava, 5.000 de literatura sánscrita (fondo Weber), 189.257 de la colección china. Y a ese tesoro hay que añadir 4.653 incunables —entre ellos uno de los tres ejemplares de la Biblia de Gutenberg, adquirido en 1.500.000 dólares—; 1.460 piezas que forman la colección de cartas y manuscritos sobre la Revolución Francesa; más de dos millones de páginas de reproducciones de documentos copiados en archivos extranjeros, 2.000 mapas manuscritos; 100.000 volúmenes de la Fundación Hispánica, que se inició con el fondo es-

pecial que instituyó en 1927 Archer M. Huntington; 40.000 libros de la Colección Semítica, 25.000 de la División de Aeronáutica, las 10.000 publicaciones periódicas que se han ido coleccionando y 98.000 ejemplares de libros raros (ediciones príncipes o numeradas) y 35.000 volúmenes a los cuales el lector puede tener rápido acceso (diccionarios, enciclopedias, anuarios, etcétera).

El edificio anexo —que quedó listo en abril de 1939— tiene capacidad para 12.000.000 de volúmenes, habiendo costado una suma que, con la que tiene en inventario el viejo edificio, se eleva a más de 18.000.000 de dólares. Pero para sostener en función esa maquinaria, hacer de ella uno de los servicios más codiciados y envidiables, se dispone de un presupuesto que durante el año fiscal último subió a 3.280.795 dólares, siendo de advertirse que se obtienen 590.000 anualmente de los derechos de propiedad literaria y de la venta de cédulas impresas del catálogo general.



El cielo de los libros

Darío habla de "La casa de las ideas", pero yo he conocido el cielo de los libros. Porque también éstos sufren martirio, infierno, transfiguración, y hay en la Biblioteca del Congreso un piso —algo así como el séptimo cielo del Corán— en que los libros tienen la más diáfana atmósfera y logran demostrarnos que son una de las verdaderas obras del arte del hombre.

Es el anexo de la Biblioteca su más posible paraíso en la tierra; un paraíso con dragones, con ángeles corteses, con númenes que nos ven desde sus misteriosos plintos; pero también tiene un aire bien acondicionado, ascensores y cristales hacia los cuatro ámbitos, y un silencio semiabsoluto como aquel que me mostraron en uno de los laboratorios donde los magos juegan con la luz en el recinto eléctrico de Schenectady.

En el pórtico están las imágenes de los dioses y de los hombres que han encendido nuevas antorchas en la cultura: Hermes, Odín, Ogma, Toth, Brahma, Ts'ang Chieh, Nabu, Cadmo, Sequoyah, y dos genios de América: Quetzalcoatl —el que enseñó a labrar el jade, hilar el algodón

y usar la escritura jeroglífica, según las más contradictorias leyendas— e Itzamná, que en la mitología maya aparece cayendo sobre las tierras y las almas como "el rocío del cielo", que eso quiere decir en la antigua lengua de los Chilam Balam y de las gentes que vinieron de más allá, cuando "el tiempo era sin tiempo".

Son más de doscientos estudios privados en el último piso del anexo, en que la vida del investigador se desliza como jardín sellado. Hace un año tuve allí el gusto de saludar otra vez al Dr. William Gates, el sabio que estudiaba la farmacopea de los mayas y su rica alquimia. Allí tenía su cueva, y en un estante ví, como demonios encadenados, sus vocabularios mayas y mayances, sus apuntes inéditos, los esquemas de muchos sueños que, de seguro, no pudo realizar.

Os dan un aposento de breves dimensiones, y os reclusís días enteros a gozar del aire sublime, el aire de la sabiduría que los siglos han ido acumulando. Porque si algo extraordinario ha hecho este país—tan grande por sus babeles neoyorquinas o chicaguenses, por sus graneros y sus muelles, sus hoteles y sus palacios postales—, es su Biblioteca del Congreso, con esos centros audibles y casi invisibles, desde donde podéis atisbar, hojear, microfotografiar, los libros y las revistas que encontráis en excursiones previas por el catálogo general. La Biblioteca tiene también otra obra de arte, en la que han trabajado con paciencia terrible sus cazadores de noticias, sus bibliógrafos y sus bibliófilos: es el "Catálogo unido", en el que podéis saber dónde está—en qué otra biblioteca de aquí o de Europa— el libro que ella no tiene; pero localizado un ejemplar en la John Carter Brown o en la Stanford o en la Tulane, lo demás se os dará por añadidura, es decir, la Biblioteca lo pide y os ofrece el tesoro. Todo lo que no sea manuscrito o libro príncipe o volumen de periódico, una vez que expresais un deseo, lo llevan a vuestro eremitorio, y a los pocos minutos, apenas comienza a palpar la máquina de escribir. Y si quereis que os copien una portada de un libro raro, la página más curiosa de algún infolio, hay otro departamento en que os complacen por unos cuantos céntimos de dólar.

La ruta en ese laberinto señala con claridad las varias divisiones de las que parten caminos innumerables: manuscritos, documentos públicos, leyes, mapas, música, bellas

artes, literatura eslávica, literatura semítica, orientalismo, aeronáutica, hemeroteca, depósito de la Smithsonian Institution, cédulas impresas del catálogo, catálogo unido, bibliografía, fotografía, libros para ciegos, Fundación Hispánica.

Es en la última donde la atención se ha concentrado en los últimos días. La dirige Lewis Hanke, el editor del "Handbook of Hispanic American Studies", quien tiene como subdirector al Dr. Robert C. Smith Jr., y como consultor al padre David Rubio. El tesoro se debe a la munificencia de Archer M. Huntington, quien creó un fondo especial en 1927 para la compra de libros publicados en los últimos diez años y que se refieran a las artes y oficios, la literatura y la historia de los pueblos de cultura hispánica, y su radio de acción abarca hasta la valiosa colección de manuscritos del siglo XVI que interesan a México y el Perú y que fueron regalados por Edward S. Harkness —filántropo insaciable— para que se sepa que el buen dólar es el que se gasta en empresas al servicio del arte, la ciencia y el amor.

El año pasado, con motivo de la celebración del IV centenario del establecimiento formal de la imprenta en América, la Fundación Hispánica se dió el gusto de exhibir 85 volúmenes y hojas impresas que pertenecen a la historia hispanoamericana de las artes gráficas. El balance que hizo el Dr. Smith Jr. dió un saldo favorable de 14.000 volúmenes salidos de las imprentas de México, Puebla y Veracruz, desde 1539 hasta 1821.

Algunas ediciones

A pesar de la riqueza de la Biblioteca del Congreso y de sus servicios únicos, puede afirmarse que, tratándose de la documentación original para la Historia de América, no tiene, ni con mucho, la importancia que ya se reconoce al Archivo General de la Nación, que está en México. Pero deben los investigadores darse cuenta de que se hallan aquí los National Archives, con los tesoros epistolares —ológrafos, muchos de ellos— y hasta de joyas bibliográficas que afortunadamente se conservan en ellos; y esto amerita una explicación: casi todos los diplomáticos norteamericanos han tenido la piadosa costumbre de añadir a su correspon-

dencia con el Departamento de Estado, un ejemplar de cada uno de los documentos públicos del país en que han actuado, de manera que aun los papeles de aparente insignificancia —muchos de ellos los pasquines políticos— figuran como anexos de notas oficiales. Y esto es fundamental para los investigadores, porque de otro modo se les evadirían tales informaciones que hoy —ya firme la pátina en algunos bronces— nos resultan preciosas. Ignoro si Anita Karr, una de las mujeres de más alerta curiosidad en la Biblioteca del Congreso, se habrá dado cuenta cabal de cuanto digo, al corregir —ya en pruebas— su último magnífico libro bibliográfico, que describe la documentación oficial impresa de México y que se vincula al siglo que va de 1821 a 1936; pero los argentinos, que han tenido a Torre Revello consagrado a buscas arduas en los archivos de Sevilla, deben estar seguros de que hay aquí ejemplares rarísimos que expresan lo mejor de su ideario político.

Para el ideario mundial, quizá nada tenga la significación que debemos reconocer a la hazaña editorial que nos ha dado la reproducción de la "Carta magna", utilizando el ejemplar de la Lincoln Cathedral, que fué exhibido en la Biblioteca del Congreso poco después de la Feria Mundial de Nueva York. Cuando Archibald MacLeish recibió el ejemplar de tal documento, declaró: "Para Tomás Jefferson, el depósito de esta Carta de las libertades de aquellos a quienes debemos nuestra independencia, emancipación, además del Acta de independencia, no habría parecido incongruente sino justo y apropiado una afirmación de la fe en que fue concebida esta nación".

Hay también dos ediciones que merecen la estima del historiador y el humanista: "The one hundred and twentieth anniversary of the birth of Walt Whitman" y "Books, manuscripts and drawings relating to tobacco from the Collection of George Arents, Jr." La primera nos da un panorama fiel de la exposición que en 1939 hizo de las colecciones de Mrs. Frank Julian Sprague, y en la que se dió a conocer los libros, cartas, artículos de prensa, fotografías, antologías, grabados, traducciones, "intimate memorabilia" y todo cuanto debe ser conocido por quienes en Hispanoamérica explican la obra del poeta en quien concurren calidades de excepción, al grado de que podemos considerarlo —sin menosprecio de otros— uno de los contemporáneos

de la poesía en la América total. No hace mucho que el gran poeta León Felipe nos dió "su" Whitman, en un libro que hará época al considerarse la resonancia de ese numen que está profundamente asociado a la mitología del hemisferio y que cada vez cobra más puro sentido humano. Pero es lástima que en la revisión bibliográfica de cuanto le concierne, para nada se hable de lo que sobre él han trabajado Darío y Armando Vasseur.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL